

# LA SIMPSON-RODINO, UNA PARTE DEL TODO

LORENZO MEYER

VISTA DESDE MÉXICO, sobre todo desde los círculos gubernamentales, la aprobación por parte del Legislativo y el Ejecutivo de Estados Unidos de la ley sobre control y reforma de la inmigración, es un paso más de Estados Unidos en una política de presión, iniciada hace varios años por el gobierno republicano del presidente Reagan contra México. La relación política entre México y su vecino del norte pareciera haber entrado hace tiempo en una espiral descendente, y esta ley —esperada desde hace tiempo, pero aprobada de manera inesperada por el Congreso estadounidense— no hace más que acelerar la caída de lo que alguna vez se calificó como una “relación especial”, y por tanto positiva, entre los gobiernos de los dos países.

Para la élite política mexicana, no hay duda de que existe un ataque coordinado en su contra por parte del gobierno de Washington. Esta coordinación, que se sitúa en alguna de las agencias de inteligencia de Estados Unidos, abarca las diversas dependencias del Ejecutivo estadounidense que tienen que ver con México, el Congreso y los medios de difusión masiva, es decir la prensa, la televisión y la radio. Por otra parte, en Estados Unidos se niega la existencia de tal coordinación en el ataque —de una campaña de “desinformación”— para obligar al gobierno mexicano a cambiar su política interna y externa en un sentido compatible con la visión conservadora y de reafirmación de la hegemonía que prevalece en Estados Unidos. Se insiste, en cambio, en una mera coincidencia de puntos de vista entre quienes observan el comportamiento de México desde dentro y fuera del gobierno norteamericano. Esta coincidencia se refiere a la necesidad norteamericana de que México modifique su tradicional estructura autoritaria de poder para que pueda sortear los peligros que entraña su crisis económica y política, y mantenga sin violencia lo que más interesa a Estados Unidos respecto a México: su estabilidad interna, la más prolongada en la historia de América Latina.

Para las autoridades mexicanas y para un sector de la opinión pública, en particular aquel que se identifica con la izquierda, la presión

política proveniente de Estados Unidos —la Ley Simpson-Rodino, la ley sobre narcotráfico (cuya exposición de motivos tiene una referencia a México), los reportajes críticos de la gran prensa y las cadenas de televisión, las declaraciones en tono negativo de ciertos funcionarios federales, etc. — es incomprensible en la medida en que se desata contra un gobierno que es básicamente conservador, cuyo proyecto de reforma económica es enteramente compatible con el interés norteamericano de que los países deudores de América Latina den impulso a la empresa privada —nacional y extranjera— y a las fuerzas del mercado, y disminuyan el papel de la empresa pública y el intervencionismo del Estado.

Para los dirigentes mexicanos, la ley sobre inmigración, que pretende cerrar las puertas a los trabajadores indocumentados mexicanos, es una acción soberana de Estados Unidos pero innecesariamente unilateral, pues en su elaboración no se intentó consultar a México, la parte afectada. Por otro lado, la forma y las circunstancias en que se aprobó esta ley subrayan la vulnerabilidad mexicana en estos momentos de crisis económica, al hacer patente a todo el mundo la imposibilidad de que el sistema productivo mexicano dé empleo adecuadamente remunerado a una parte importante de su fuerza de trabajo, en particular a los más jóvenes y emprendedores. Esta situación en nada ayuda a fortalecer la legitimidad de un gobierno y de un régimen inundado de problemas ante la baja internacional de los precios de su principal producto de exportación: el petróleo.

En resumen, la aprobación sorpresiva en el Congreso norteamericano de la llamada Ley Simpson-Rodino, con su amenaza de deportaciones masivas y de cierre de fuentes de trabajo para mexicanos, con su carga implícita de condena a la política económica y social de México y con su insistencia en hacer aparecer a México como un generador de problemas para Estados Unidos —cuando la realidad es más compleja y menos maniquea—, lleva a que los dirigentes políticos mexicanos se pregunten, ¿cuál es el verdadero proyecto político de Estados Unidos respecto a México? ¿Cuál es el objetivo de la presión?

El apoyo implícito y explícito que varios círculos políticos y medios de difusión masivos en Estados Unidos han dado a la principal fuerza opositora en México, el Partido Acción Nacional, pareciera sugerir a los dirigentes mexicanos que Estados Unidos desea aprovechar la coyuntura para crear en México una verdadera contraélite política, una contraélite conservadora con una visión del mundo afín a la que domina en los corredores de la Casa Blanca. Sin embargo, la realidad muestra que el PAN es aún una fuerza política regional, incapaz de ocupar

por el momento el espacio que el PRI pueda estar perdiendo. De ahí que en México se sostenga que la estrategia norteamericana conlleva el peligro de contribuir a crear, no una alternativa de derecha frente al partido gobernante, sino un vacío de poder que puede ocasionar, justamente, lo que teme Estados Unidos: la pérdida de la estabilidad.

Frente a este deterioro sistemático de la relación mexicano-americana en el plano oficial, no han faltado voces —dentro y fuera del gobierno— que sugieran que la estrategia seguida hasta ahora por los dirigentes mexicanos de soportar los golpes políticos que provienen allende el río Bravo sin dar una respuesta equivalente al daño recibido, debe cambiar por otra que imponga un costo político a Estados Unidos. Para quienes sostienen este punto de vista, la defensa activa es la única posibilidad de romper la espiral a la que se hizo referencia al principio de esta nota. Hasta hoy, y siempre desde esta perspectiva, la situación en la relación bilateral entre México y Estados Unidos parece desarrollarse en un marco en que la debilidad mexicana invita a una actitud agresiva de Estados Unidos, que a su vez debilita más al gobierno mexicano y lo deja aún más vulnerable para la siguiente etapa de la relación, en donde la agresividad norteamericana habrá de aumentar.

En el largo plazo, el mejoramiento real de la atmósfera en la que se desarrollan las relaciones entre México y su poderoso vecino del norte, requiere de una solución de fondo a la crisis económica y política interna de nuestro país, verdadera fuente de la debilidad internacional mexicana. Ahora bien, enunciada en estos términos, la solución es clara, pero no lo es su puesta en práctica, que requiere de una gran voluntad política por parte de los dirigentes mexicanos para efectuar los cambios internos que recuperen la fuerza perdida —el consenso, que hoy no existe— y una alta dosis de imaginación para enfrentar la presión norteamericana sin fantasías, con un realismo que evite que se desemboque en un conflicto abierto, pues en ese caso tendríamos mucho que perder y poco que ganar.